

¿FUE ENRIQUE LARRETA LAZO INTELECTUAL ENTRE EUROPA Y AMÉRICA DURANTE LA PRIMERA PARTE DEL SIGLO XX?

LA HISTORIA del siglo XIX nos muestra con qué velocidad, con qué imperativo entusiasmo, las antiguas colonias españolas se apresuraron a liberarse y a escoger un camino espiritual distinto del anterior. Para mejor apartarse de la madre-patria, en aquel entonces sinónimo de opresión, para precisar aún mejor su independencia tanto política como literaria, los escritores americanos se esforzaron en imitar las literaturas de los Estados Unidos, de Gran Bretaña y de Francia.

Fue solamente a fines del siglo XIX, las pasiones apagadas, la independencia política definitivamente confirmada, que las naciones sudamericanas dejaron de manifestar el prejuicio anterior.

Estaban mejor preparadas para modificar el anterior rumbo cultural. El corifeo, el artista de la nueva orientación fue RUBÉN DARÍO.

Ha sido considerado siempre como el padre del modernismo, como el nuevo jefe de la joven poesía hispanoamericana.

Fue sin embargo también, como modernista, el padre de la nueva prosa.

Ésta fue más lenta en modificarse. Los poetas fueron rápidamente convencidos. Pero el esfuerzo del modernismo se limitó a los versos. Una modificación escrita de la prosa implicaba un esfuerzo que pocos escritores quisieron cumplir. Hablo de Lugones, Reyes y Larreta.

Nuevo fenómeno: la poesía era el hecho de una minoría. La situación económica de los literatos era poco privilegiada en aquella época, por eso la mayoría pertenecía a la aristocracia o a la burguesía acomodada.

Vamos a ver ahora cómo Rubén Darío aprovechó su estancia en Argentina para influir en los literatos. Para ello, conviene recordar igualmente su larga peregrinación literaria.

RUBÉN DARÍO

En Nueva York

Nombrado cónsul general de Colombia en Argentina, en 1892, Darío aprovechando ciertas facilidades que se le presentan, va a Nueva

York para saludar allí al gran poeta cubano José Martí, cuya influencia experimenta en sus primeros *Versos sencillos*.

En París (1892)

Después llega a París donde conoce a los principales escritores franceses. Sabemos por Enrique Gómez Carrillo la extraña entrevista que tuvo con Verlaine. Charles Morice, el crítico de los simbolistas, eminente autor de la *Littérature de toute à l'heure*, lo inicia en la nueva poesía. Moreas, jefe de la *Escuela románica*, "L'Ecole romane", le presenta a sus colaboradores Maurice du Plessys, Charles Maurras, Ernest Reynaud. Durante algunos meses Darío entabla apasionadas discusiones con los poetas simbolistas y aprovecha su ideal literario.

En España (1892)

En el momento de embarcarse para la Argentina, Darío es requerido para una misión del gobierno nicaragüense. Irá a España para representar a su país con motivo del IV Centenario del Descubrimiento de América por Colón. Allí conoce a Menéndez y Pelayo, a los poetas Núñez de Arce, Campoamor y Juan Valera, cuyas *Cartas americanas* (1889) habían sido celebradas ya en su *Azul* del año anterior.

Ricardo Palma le presenta a Zorrilla; Emilia Pardo Bazán le permite conocer a Barrés. Pero rápidamente el poeta americano comprende que la vena poética está agotada en España.

Y cuando Darío regresa a España en 1899 queda conmovido por el estado lamentable en que siguen las letras españolas:

He buscado en el horizonte español las cimas que dejara no ha mucho tiempo en todas las manifestaciones del alma nacional: Cánovas muerto, Ruiz Zorrilla muerto; Castelar desilusionado y enfermo; Valera ciego; Campoamor mudo...

La necesidad de una renovación se imponía cada día más. Maeztu y Valle Inclán tomaron la iniciativa de un movimiento de revitalización: el primero a través de la prensa; el segundo con sus conferencias. Pronto los apoyaron Azorín, Baroja, los hermanos Machado y todos cuantos son hoy reconocidos como los miembros del famoso movimiento de 1898.

Pero la indiferencia del país y su ignorancia por la actividad intelectual de la América Latina, escandalizaron a Darío.

. . . No se escribe una sola noticia, por criterio competente, de obras americanas que en París, Londres o Roma son juzgadas por autoridades universales. . .

Fuera de lo que se escribe en España —con las excepciones, es natural, de siempre, pues existen un Altamira, un Menéndez y Pelayo, un Clarín, y este amable cosmopolita de Benavente—, fuera de lo que se produce en España, todo es desconocido.

Pero unos meses después ya modifica su opinión:

Varias publicaciones de Madrid han empezado a ocuparse con alguna atención de la literatura hispanoamericana. Comenzó el diario *El País*, siguió *La Revista Nueva*, interesante y de carácter moderno, y luego el conocido y afamado periódico *Vida nueva* ha comenzado a publicar una hoja mensual con el título *América* y que se dedicará, como su título lo indica, al pensamiento americano.

(Cf. R. A. Arrieta, *La literatura argentina y sus vínculos con España*. Buenos Aires, 1957.)

El llorado profesor Del Río, de la Universidad de Columbia, ha caracterizado así la mutua influencia entre ambos movimientos del renacimiento literario de España y de América Latina:

La fusión entre lo que los nuevos escritores españoles pretenden y la nueva escuela modernista, se realiza oficialmente cuando Darío llega a España por segunda vez, en 1899. Las influencias serán mutuas. El poeta americano —orientado hasta entonces hacia lo francés y hacia una poesía de tipo colorista, plástico, musical— acendra su espiritualismo latente en el contacto con estos jóvenes serios, meditadores, y *se va hispanizando poco a poco*.

El cambio se manifiesta con toda evidencia en su libro *Cantos de vida y esperanza* (1905). Antonio y Manuel Machado, Juan Ramón Jiménez, Villaespesa y un prosista, Valle Inclán, adoptan las nuevas formas y el nuevo estilo. Son los que constituyen *la escuela modernista* en cuyos caracteres combinarán la plasticidad del parnasianismo francés con la vaguedad musical del simbolismo; el valor fónico y cromático de la palabra en el complejo de sensaciones, la sinestesia que Baudelaire había definido en su soneto de *Correspondances*, el exotismo con refinadas evocaciones parisinas, versallescas, renacentistas.

(Cf. A. Del Río, *Historia de la literatura española*. Nueva York, tomo II, pp. 166 s.)

En Argentina (1893)

El profesor Valbuena Briones en su reciente trabajo sobre literatura hispanoamericana, que completa la monumental *Historia de la literatura española* de Valbuena Prat, comenta así el viaje de Darío:

Darío partió solo con destino a la Argentina, siguiendo una fantástica peregrinación de tres paradas fundamentales: Nueva York-París-Buenos Aires. Esto significaba en términos poéticos: Poe-Verlaine-Darío.

Cuando el poeta nicaragüense llega a la gran capital argentina, ésta experimenta una profunda y vasta metamorfosis espiritual y material.

Paralelamente a la intensa actividad económica en busca de reformas sociales, la literatura necesita nuevos rumbos. Un romanticismo agotado comparte, con la literatura criolla o indigenista, la simpatía de los lectores.

Recientes traducciones revelan los nuevos autores de París: Verlaine, Mallarmé, Barbey d'Aureville, Leconte de Lisle, Sully Prud'homme, etcétera.

En este momento llega Darío. Bartolomé Mitre lo recibe en *La Nación*, que desde hacía varios años contaba al joven poeta entre sus colaboradores; Rafael Obligado le abre su salón literario donde puede conocer a Calixto Oyuela, Juan José Velloso, Ernesto Quesada, Roberto-Julio Payró. Rápidamente Darío constituye un núcleo de escritores modernistas: Luis Berisso - Leopoldo Díaz - Leopoldo Lugones. Con la ayuda del boliviano Freyre, Darío funda en 1894 la *Revista de América* que propagó las nuevas ideas.

En 1896 el crítico franco-argentino Paul Groussac, conservador de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, lanza *La Biblioteca* (1896-98), revista de alto nivel literario que revela a los primeros escritores modernistas.

P. Groussac poseía un juicio muy seguro. Sabía discernir los talentos, aunque fuesen precoces. Acogió con simpatía a un muchacho de 23 años que venía a proponerle la publicación —en noviembre de 1896— de *Artemis*, novela breve bajo la influencia de *La Aphrodite* de Pierre Louys.

Para presentar al joven Enrique Larreta, autor entonces completamente desconocido, Paul Groussac escribió:

Desde niño ha leído y escrito de cosas literarias, ha hecho versos y pronunciado discursos: todo ello con gracia elegante, fácil asimilación, y un discernimiento precoz —casi diríamos innato— de la belleza.

Si no tiene pasado, el vasto porvenir es suyo. Será escritor; ya posee el instrumento... El tiempo dirá; entretanto le damos nuestro voto.

Mientras el joven Larreta colabora en esta revista, Eugenio Díaz Romero creaba otra, el *Mercurio de América* (1898-1900), inspirada por el ejemplo del *Mercurio de France*.

El manifiesto se identificaba con el nuevo ideal modernista. Indicaba, entre otras cosas, la necesidad de:

...Trabajar por el brillo de la lengua española en América y a la par que por el tesoro de sus riquezas artísticas, por el engrandecimiento de esas mismas riquezas en vocabulario, rítmica, plasticidad y matiz.

Luchar por que prevalezca el amor a la divina belleza, tan combatido hoy por las tendencias utilitarias.

Servir, en el Nuevo Mundo y en la ciudad más grande y práctica de la América Latina, a la aristocracia intelectual de las repúblicas de lengua española.

El modernismo aparece en efecto como un individualismo llevado por una ola de ideas, de proyectos, de realizaciones. En este sentido tiene parecida orientación que el romanticismo. Además, el modernismo celebra características románticas, tales como:

el amor a la libertad, origen del subjetivismo;

el gusto de *la excentricidad*;

la predominancia de una literatura no social, con preocupaciones artísticas constantes.

El antidogmatismo de estos principios provoca el rechazo de las reglas artísticas tradicionales y el rehúso de la moral acostumbrada.

"*Los raros*", como los llamó Darío en su libro del 96, se impusieron por una incontestable aristocracia espiritual.

Herederos de la filosofía idealista y de la ciencia positivista del siglo XIX, dudaba de la validez del conocimiento. La duda escéptica se imponía a Darío, Rodó, Silva, González Martínez o Amado Nervo. Estos escritores finiseculares, penetrados de Schopenhauer y Leibniz en filosofía, de Dostoievsky y Puschkin en literatura, nos ofrecían una visión pesimista y subjetiva de la realidad.

Además de este subjetivismo, cultivaban un estetismo, un culto absoluto a la belleza, abierto al mundo internacional de la cultura.

El prestigio de la literatura francesa en aquella época, le reservó un puesto brillante en el concierto de las inspiraciones modernistas.

Darío se hizo en la Argentina el revelador de una tal corriente artística que, como el simbolismo y el parnasó en Francia, aumentó los medios de expresión, desarrolló y precisó el vocabulario y aumentó la responsabilidad estética del escritor.

De una manera paradójica, al separar el arte de todo cuidado moral, el modernismo defendió sus principios ante una sociedad materialista y hostil, nacida del extraordinario desarrollo económico de América Latina y de la Argentina, en el último tercio del siglo XIX.

Por su extremo cuidado del arte y de la belleza, el modernismo incorporaba América a la cultura universal.

Es evidente que el movimiento se ejerció con prioridad sobre la poesía. Diremos más. La poesía conoció una nueva salida con el modernismo.

En cuanto a la novela la situación era distinta. En Argentina había, lo sabemos, dos corrientes muy poderosas: la novela indigenista, salida de la *novela criolla*, iba a conocer su mayor éxito en el siglo xx, por ser más original y la *novela realista*, situada bajo la influencia de los grandes autores novelísticos de Francia y de Rusia. Dos corrientes en suma: una americana y la otra europea, con predominancia francesa.

Sin embargo, los novelistas recordaron la llamada de Darío: la necesidad de una prosa labrada y artística. Esta calidad convenía a la novela histórica, exigiendo una reconstitución minuciosa de una época, de un medio, de un acontecimiento del pasado.

Éste era, pues, el clima intelectual de los argentinos cultos cuando Larreta preparaba *La gloria de don Ramiro*:

- a) influencia de la novela francesa realista;
- b) influencia del ideal modernista (importando con Darío el cultivo del arte, los modelos de la poesía simbolista y estética);
- c) influencia del movimiento del 98 (indicando a España, así como al mundo de habla española, la necesidad de una renovación poética y literaria).

Los novelistas que cultivarán una prosa refinada, estética, vinculada con las teorías del arte por el arte, serán pues la excepción. Recordaremos algunos nombres: Larreta-Lugones-Ugarte-Berisso.

La continuación de la prosperidad económica argentina, por un lado, el acceso de la nación a la madurez política, por el otro, permitieron que una parte de la opinión pública se apartase de las estrictas realidades materiales.

La creciente oposición entre Buenos Aires y la provincia, unido al rápido desarrollo intelectual de aquel gran centro comercial, favorecieron la aparición de una minoría selecta de escritores indiferentes a los problemas locales, interesados sobre todo por la estética y que menospreciaban la avidez y el prosaísmo de sus coetáneos.

Además, la preocupación de la forma reservada al verso, se extendió a la prosa. Lugones y Larreta restablecieron su valor y enseñaron a los argentinos la necesidad de cuidar el idioma para merecer la estima no sólo de América Latina sino también de la vieja España tradicionalista.

La preocupación por afirmar los valores espirituales de la futura República Argentina, favoreció el desarrollo de la novela histórica. Sabemos que los modelos británicos, franceses y americanos, eran conocidos en Buenos Aires desde 1850.

Al volverse hacia el pasado, el escritor se interesa naturalmente por sus orígenes ibéricos o americanos.

Ya en 1905, Lugones, inspirado por un ardiente nacionalismo, evoca con 23 novelas cortas, bajo el nombre de *La guerra gaucha*, toda la lucha épica por la independencia del norte del país. En realidad la originalidad se encontraba en el lenguaje. Arcaísmos, neologismos, términos gauchos o indios, abundan de conformidad con el ideal modernista. Pero el modelo del género será *La gloria de don Ramiro* (1908).

Enrique Larreta, con paciente reconstitución de una época lejana y respetada, la España del Siglo de Oro, afirma sus cualidades de historiador y escritor.

Si reconocemos la influencia decisiva de Darío para introducir en la Argentina las ideas del modernismo americano, a los autores franceses con su nuevo ideal estético, y las obras españolas de la nueva generación del 98, se hace evidente que la coincidencia de estas corrientes literarias no basta para explicar la obra de Larreta.

Éste ha experimentado influencias más precisas y más personales vinculadas con su biografía.

Por eso nos parece necesario recordar, en primer lugar, los acontecimientos que contribuyeron al éxito de *La gloria de don Ramiro*, y después, las calidades internas que la impusieron como obra maestra e internacional, tanto en España como en América.

Recordemos que Larreta fue siempre un hombre muy rico. A más de recibir una excelente educación, de tener un excelente conocimiento de las literaturas clásicas tanto francesa como española, quiso y pudo viajar por Europa cuando preparaba su obra maestra. El enorme trabajo que realizó en la misma España, en 1902, cuando inventoriaba las viejas crónicas, revisaba las cartas notariales y estudiaba la novela picaresca, todo ello le fue de gran utilidad.

Esta excelente labor la aprovechó magistralmente Larreta para componer *La gloria de don Ramiro*. Mas será analizando los temas novelísticos que distinguiremos la orientación general de la obra, que veremos anudarse este lazo intelectual entre América y Europa.

En *La gloria de don Ramiro*, éste se nos presenta como un joven ambicioso torturado por un vago deseo de gloria. Su destino se ve oscurecido por penosos antecedentes. Para borrar su culpa, su madre vive entre prácticas místicas, un ambiente demasiado triste y una atmós-

fera de remordimiento que marcan al niño. Su abuelo, considerándolo como el fruto del pecado, no le dirige la palabra. Ramiro desconoce la ternura del amor familiar.

Además, su carácter débil se deja impresionar por la influencia del canónigo Orozco, otro ambicioso, que le inculca no el respeto de la ley divina sino el miedo al castigo eterno. También le hace ver las posibilidades del pecado. La intriga con la joven morisca Aixa, tiene aquí graves consecuencias.

La vacilación entre su ideal femenino —Beatriz— y Aixa, la joven y voluptuosa morisca, hace aumentar el conflicto interno de Ramiro hasta la gran oposición entre la fe cristiana y coránica, entre el Occidente místico y el Oriente sensual.

Después de muchas aventuras, después de varios crímenes, Ramiro espera redimirse en la América de los conquistadores.

Vemos también aquí un símbolo. La joven América, refrescante y pura, en el sentido de la América de Rousseau, puede ofrecer al muchacho el perdón final y la oportunidad de una purificación.

En *Zogobi*, Federico de Ahumada, joven estanciero argentino, ama a su novia Lucía. La llegada de una elegante europea, Zita, lo turba. Ve en ella la seducción que ejerce sobre todo americano el prestigio del Viejo Mundo, la elegancia parisina de "la belle époque".

La cultura clásica, la literatura francesa, lo han maravillado siempre.

Pero también le conmueve este testigo de una vida artificial, de un mundo corrompido pero tentador.

Lo que le sujeta a Lucía no es sólo la ingenuidad de su compañera de infancia, sino la imagen de una Argentina tradicional, con sus costumbres gauchescas, con su vida exaltante. También es el amor por la pampa, con su extraño decorado, conmovedor para todos los argentinos.

En *Orillas del Ebro* (1949), Máximo, don Juan como Ramiro —por lo menos de soltero— parece marcado por su origen andaluz. El casamiento revela su orgullo español, sus celos de macho, su intransigencia conyugal. Analizándose a lo largo de la novela, se acaba por descubrir las auténticas cualidades ibéricas: la sobriedad, la gravedad ascética, la religiosidad, el trabajo de la tierra y el amor a su patria.

Esta obra, coronada con el *Premio Miguel de Cervantes*, en 1950, es la única de las cuatro novelas de Larreta que conoce un desenlace humano, feliz y apagado.

El protagonista de *El Gerardo* (1956) aparece como la madurez, como el término final de los protagonistas anteriores.

Joven periodista argentino movilizado durante la guerra civil española en el ejército falangista, consigue pasar las líneas en el frente de

Teruel, con la esperanza de poder regresar a su país. Pero el famoso general "El Campesino" lo integra a su batallón. Llegada la victoria de Franco en 1939, Gerardo Flores esconde sus peligrosos antecedentes en una cervecería de Granada como obrero manual. Se consuela con los sueños. Su primo Miguel, director de las investigaciones arqueológicas de la Alhambra, le permite pasearse cada domingo por la noche, por los fantásticos jardines y patios árabes. Allí sueña el chico, allí olvida su miserable condición actual, allí sigue su alma poética los vestigios de esta prestigiosa civilización árabe que tanto le impresiona.

También sueña con la mujer ideal que nunca pudo conocer en su vida anterior en Buenos Aires. Porque Gerardo es un don Juan, pero un don Juan que se afana en poder escapar a su condición de eterno seductor. Por eso huye de las mujeres, por eso vive y sueña solo. Pero su primo Miguel acaba por integrarle al círculo mundano que la marquesa de Armilla mantiene en sus magníficos jardines del Sacromonte granadino. Allí se repite de nuevo la ronda de las mujeres: Mas cada seducción termina con un fracaso. Por fin, la traición de una antigua amiga le obliga a huir de la policía española.

Nuevamente lo encontramos en Buenos Aires. Una última intriga con una mujer casada nos revela la indignidad de ésta. Completamente desilusionado, Gerardo se marcha para internarse más y más en la soledad de la pampa a donde le acompaña su amigo alemán Meyer, hijo del paleontólogo de la universidad de Leipzig.

Finalmente, Gerardo muere solo en el caparazón de un viejo gliptodonte, esqueleto que le servía de casa como para los primeros hombres de la pampa.

Así se termina el ciclo.

En *La gloria de don Ramiro*, el protagonista abandona el viejo continente para encontrar su felicidad en la joven América.

En *Zogoibi*, Federico vacila constantemente entre su deseo de conocer la brillante Europa, anterior a la guerra del 14, y su pasión por la Argentina de sus antepasados.

Orillas del Ebro aparece como la novela de la raza ibérica, como el símbolo del crisol hispanoamericano.

El Gerardo nos revela nuevamente la irresistible atracción que la tierra americana ejercía sobre este joven argentino. Largamente recogido por su amor a España, por su deseo de vivir el sueño árabe de los palacios granadinos, acaba regresando a la Argentina para dejarse morir, románticamente, en la pampa primitiva, con la ilusión de que sus huesos, como los del gliptodonte, nunca perecerán, vestigio eterno de un hombre sumamente orgulloso.

Las novelas de Larreta nos han revelado también su extraordinario amor a España, a sus paisajes y a sus ciudades.

Ávila, Toledo y Granada viven prestigiosas en cada una de sus novelas. Además, en su obra maestra, *La gloria de don Ramiro*, este escritor argentino supo trazar un retrato imborrable de Ávila, donde nos hace vivir, junto a Orozco, Ramiro, Aixa y Beatriz, la vida de la época.

El lenguaje extraordinariamente refinado de la novela, su vocabulario del siglo xvi, el profundo conocimiento de las costumbres y de la literatura de la época, dan a esta prestigiosa novela el sentido de lo auténtico, condición esencial en toda novela histórica.

Es también gracias a Larreta que conocemos mejor a España, la España del Siglo de Oro, así como la España del siglo xx, la de Alfonso XIII, y la España contemporánea.

Además, nos hace descubrir igualmente la belleza de los paisajes argentinos, las costumbres de los gauchos, y la extraordinaria seducción que puede ejercer la pampa sobre el hombre.

Enrique Larreta, gran conocedor del alma y de la cultura europea, se nos aparece así como el indispensable lazo intelectual entre Argentina y España, entre América y Europa.

ANDRÉ JANSEN

Centro Universitario de Amberes